

TRES AMIGOS Y UN ÁRBOL

Trastornan las vacaciones más que serenar. Véanse los andenes de una estación, la cola en la gasolinera, esas casi cien francesitas durmiendo Insólitamente en un parque público al que resguardan los guardias nocturnos... Se altera el "status" de la familia, donde los chicos son más libres -todavía más- porque "ahora es verano". Y hasta el periódico, esto tan fiel y seguro de cada mañana, delata, aunque sea en mínimos cambios, la desbandada temporal -y merecida, por supuesto- de quienes lo hacen. Así no chocará demasiado que esta parcela de testimonios se cubra con unas notas de lectura, horas de pretensión crítica: Incursión tímida en terrenos que otros labran con mejor saber.

El libro tiene cubierta modesta y digna, señalada de un verde que en las constelaciones de "Austral" significa Filosofía y Ensayos. Lo compuso Ramón de Garciasol. Se llama "Claves de España: Cervantes y el Quijote". Pienso en muchas clases de libros, y que hace veinte años uno gustaba de leerlos todos. Ahora ya no hay tiempo sino para escoger con tino. Vale más un libro cuanto mayor sea su poder de estimular el pensamiento -y el sentimiento- de quien lo lee. Leía Ortega, nos confiesa, para aumentar su propio corazón, no para ver cumplidas una vez más las leyes de la gramática. Pues qué decir de la ventura total del libro donde emparejan hermosamente lo que dice y el cómo se dice. Trata Garciasol del creador y de su creatura. Pero aun en la parte donde se abraza con Don Quijote, lo que siente bajo la piel tendida del hidalgo es el tuétano y el ápice del alma única, la del hombre que se llamó ¡y se llama! Miguel de Cervantes. La ocasión da al ensayista para muchas y apretadas Ideas. También para que salten de vez en cuando las chispas de un inconformismo razonado, exigente de justicia, apremiante a veces. "La filosofía española es de la conducta -se dice en un prólogo que conviene atender-, una forma de vivir". El proceder y la vida de Miguel Alonso Calvo, nombre civil del escritor, autorizan a Ramón de Garciasol para decir bastantes cosas. Si me exigieran colgar al libro un único adjetivo, uno sólo, yo no diría que profundo y docto -aunque lo es-, ni ameno -y se lee con fruición-; pero sin titubear lo llamarla compañero. Libro compañero se me hace aquel que sirve siempre, cogido por el principio, por la mitad, por el final; que a veces ni siquiera hay que cogerlo. Que "sabe estar" -ahora se dice mucho-, estar a nuestro lado sin gritar, como el discreto y fecundante rumor de un agua limpia. Pero dudo de haberme explicado bien.

Es buena la convivencia de unos libros con otros. No digo en la quietud

esperante de la estantería, sino en su utilización y saboreo. Dejo por un rato lo quiijotino -lo cervantesco- y voy a otras también eternidades. Son las cultas del hombre remoto, que es como si dijéramos el hombre de siempre, sus preguntas acuciantes a lo desconocido, y están en un libro de José Domingo "Grandes leyendas y mitos de la antigüedad". Bellas literaturas se hicieron de la curiosidad y susto del hombre por el mar y la tierra, el día la noche, el Sol y la Luna, el fuego y el aire, la lluvia el viento, la región oscura de los espíritus... Luego vino la ciencia, con sus respuestas a todo. Bueno a casi todo. Édison pensaba en una máquina para comunicar con los muertos. Esa sí que sería una aclaración. Mitos y leyendas, desde el Tigres y el Éufrates hasta los Incas, son contados por Domingo con talante recopilador, panorámica, comercial si se quiere (que tampoco es malo). Pero encarga cuartillas a un verdadero poeta, y siempre, siempre os dará un libro verdadero.

Algo queda aún bajo la sombra del árbol de mi verano. Lástima que no den para más estos renglones. "Mi Cristina y otros cuentos" vino de la mano amiga de su traductor, el poeta José Batlló. Voy entrando en las páginas bilingües y la cara se me sofoca por tan tardío bautismo como lector de Mercé Rodoreda. Y por los compatriotas que llegarán más retrasados todavía. Pero llegarán

Antonio PEREIRA